

A R T E

Valdés monumental

MARLBOROUGH. ORFILA, 5. MADRID. HASTA EL 13 DE MARZO. DE 225.000 A 450.000 E

EN la estela de tantos pintores modernos, Manolo Valdés comenzó a cultivar la escultura hace más de veinte años, buscando en el espacio de tres dimensiones un terreno donde explorar nuevas posibilidades de su repertorio pictórico habitual. Pero con el tiempo, y especialmente a lo largo de la década pasada, el interés secundario de Valdés por la escultura se ha ido volviendo cada vez más central, convirtiéndose en algo parecido a una verdadera vocación de escultor. El artista se ha concentrado en los problemas de la escultura monumental, donde ha encontrado el aliento de una serie de encargos públicos: desde la *Menina* de Alcobendas hasta la *Ariadna* de bronce y acero de trece metros instalada en diciembre del año pasado en el Parque Lineal del Manzanares de Madrid o las tres cabezas de la nueva terminal del aeropuerto de Barajas "inaugurada" hace sólo unos días.

Las dos mejores piezas de esta exposición pertenecen también a la serie *Ariadna*. Son dos obras donde brilla la mayor virtud de Valdés, su tremenda eficacia icónica, su capacidad para crear emblemas contundentes, tan fáciles de leer como difíciles de olvidar. Se inscriben en un género clásico de la escultura moderna: la cabeza despojada de expresión y cosificada, convertida en un objeto autónomo. Con su cara vacía y

partida por un eje vertical que recuerda a los maniqués de De Chirico, estas Ariadnas evocan un poder sobrehumano, de reinas míticas o de diosas. Su expresividad reside en el contraste entre la solidez compacta del cráneo y el tocado de aros que lo remata, con sus líneas ligeras y radiantes. Entre la masa herméctica de la cabeza y las formas aéreas de la corona, que hacen de ella como un planeta rodeado por órbitas, un Saturno con sus anillos. Esa corona de aros enredados celebra el ovillo de hilo mediante el cual la Ariadna mítica logró el triunfo de Teseo en el laberinto, pero también podría evocar los ca-

ARIADNA II, 2004.
BRONCE, 270 X 120



bellos-serpientes de la cabeza de Gorgona.

Pero junto a estas dos espléndidas Ariadnas, las otras tres grandes piezas de esta exposición no funcionan, a mi juicio, en absoluto. La librería de alabastro que hay en la última sala me ha decepcionado, aunque soy un entusiasta de las librerías de madera de Valdés, o quizá precisamente por eso. El alabastro carece de la riqueza de colores y texturas de la madera; no "habla" como la madera. Las otras piezas fallan por razones de proporciones y de escala. *El Coloso* (nuevo eco de las meninas e infantas españolas) que domina toda la exposición desde lo alto de la escalinata no sólo está encajonado y agobiado en el espacio insuficiente de la galería, sino que sucumbe bajo el terrible peso visual de

su tocado geométrico.

Imagino que lo que Valdés buscaba era ese efecto barroco de una masa excesiva para el soporte que la sostiene, pero el resultado, al menos a esta escala, me parece un indigesto mazacote. El eterno problema de la escala, que afecta tantas veces a la escultura de los pintores, vuelve a ponerse de manifiesto en el relieve enorme que está a la entrada de la exposición y del que sólo puedo decir eso, que es enorme.

GUILLERMO SOLANA



CONSTRUCCIÓN DE UNO, 2004

Liam Gillick

JAVIER LÓPEZ. JOSÉ MARAÑÓN, 4
MADRID. HASTA EL 26 DE MARZO. DE
6.000 A 15.000 E

PARA inaugurar su nuevo espacio Javier López propone la segunda individual madrileña de Liam Gillick (1964), una intervención sobre el terreno mediante pintura mural abstracta (a lo Sol LeWitt) y dos de sus características islas de texto con palabras recortadas y reunidas que flotan en medio de ese (cada vez menos inusual) nuevo espacio descubierto por el arte más reciente: el que hay entre el suelo y el techo. La alteración a la que el artista británico somete al espacio arquitectónico se da a través de una integración de apariencia anónima de elementos plásticos en él. Ésta es una pequeña píldora de su infatigable trabajo, más cerca de la teoría de la complejidad en el medio social (como red interminable de elementos ideológicos a su vez constituidos por todo lo que conforma tal medio: desde lo emitido por los media hasta las nociones-ilusiones generalizadas de pasado, presente y futuro) que de la mera práctica plástica.

A medio camino entre la crítica de arte y la propuesta política, Gillick no reniega de las exposiciones pero su propuesta no termina en ellas. En muestras como ésta parece tratar de plasmar uno de los haces de la idea en la que está trabajando en ese momento, en este caso su nuevo proyecto, *Construcción de uno*, de modo que su intervención en el espacio de la galería pasa a ser una idea que flota en el aire. Se trata asimismo de otro de sus laberintos de sentido, en un juego que se propone a los visitantes en el que deben descubrir pistas que posibiliten llegar a alguna de las múltiples salidas del mismo.

ABEL H. POZUELO